

Tristezas y melancolías del capitalismo.

Las transformaciones en la economía mundial y los países no desarrollados*

Andrés López** y José Luis Díaz Pérez***

Introducción

No es una tarea sencilla describir el comportamiento de la economía mundial en el marco de las grandes transformaciones que se están desarrollando dentro de ella y cuyos impactos trascienden lo "económico", para extenderse al campo político, social y cultural¹. Este proceso involucra, aunque es obvio advertir que con distintas modalidades, tanto a los países capitalistas centrales como a los periféricos para abarcar, incluso, a los del "bloque" socialista.

Es amplia la gama de cuestiones a las que alude dicho proceso; somos testigos de cambios que en algunos casos están en plena gestación y en otros, aun estando consumados, no permiten acotar la plenitud de sus efectos.

En la sección 1 presentamos una posible "cronología" de la etapa que se extiende desde fines de la segunda guerra mundial hasta la actualidad. En ella se distinguen cuatro periodos en la evolución del capitalismo central de posguerra. Se tratará, entonces, de destacar los rasgos centrales de cada uno de ellos. Esta primera aproximación se hará, necesariamente, con un alto nivel de generalidad.

A continuación, pasaremos a evaluar en qué medida este proceso en curso redefine los papeles de los distintos actores en el juego de la economía mundial. Esto es, una delimitación del campo de acción de las políticas nacionales y del papel que juegan nuevos (o viejos) agentes e instituciones que "transnacionalizan" los espacios de decisión y afectan en gran medida la efectividad y el alcance de las primeras.

La tercera sección tratará de la marcha del proceso de reestructuración internacional y de cómo este implica, a la vez, reestructuraciones "nacionales" en los países centrales. Trataremos de situar este fenómeno en el marco del modelo de acumulación de capital. El énfasis estará puesto en los instrumentos (políticas públicas y estrategias empresariales) a través de los que se intenta dirigir dichas reestructuraciones.

En la cuarta parte, una vez descritas las (posibles) nuevas reglas de juego y el comportamiento de los actores principales, trataremos de encarar el problema de los países periféricos. No hace falta advertir que dada la fluidez de los procesos mencionados en las tres primeras secciones, es aun prematuro evaluar sus repercusiones sobre la periferia; por tanto, nos limitaremos a comentar algunas visiones diferentes sobre el tema. En particular, creemos interesante comenzar a especular sobre los posibles modelos de integración (o desvinculación) respecto de la economía mundial a partir de los cambios que se registran en esta última.

Capítulo 1:

Crisis y transformación de la economía mundial

El punto de partida es constatar que los países capitalistas centrales han atravesado una larga fase de estancamiento relativo, a la cual podemos definir como "crisis de los años dorados" del capitalismo industrializado.

* Originalmente publicado en *Realidad Económica* N° 92/93, Buenos Aires, 1990.

** Profesor adjunto de "Sistemas económicos comparados", Facultad de Ciencias Económicas (UBA) y de "Economía para historiadores". Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Consultor del PNUD.

*** Ayudante de "Sistemas económicos comparados", Facultad de Ciencias Económicas (UBA); Jefe de Trabajos Prácticos de "Economía para historiadores", Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Consultor del PNUD.

¹ Utilizaremos, indistintamente, expresiones tales como economía mundial, sistema económico internacional y otras similares, no como conceptos analíticos, sino con fines meramente descriptivos. Lo mismo se aplica en el caso de términos como países no desarrollados, subdesarrollados, periféricos, etc.

En lo que sigue operaremos fundamentalmente dentro del marco conceptual que ofrece la llamada “escuela de la regulación”. La razón de esta elección radica en que, a nuestro juicio, se trata del conjunto de aportes más creativo, aunque no está exento de problemas, en torno a la problemática que nos ocupa².

Propondremos, en primer lugar, una periodización de la dinámica del capitalismo en la posguerra, que se ajusta en gran medida a la que maneja la mencionada escuela; esto nos permitirá establecer un marco de referencia temporal que pretendemos emplear a lo largo de todo este trabajo.

a) 1950-fines de la década de los '60: la “Edad de Oro” del capitalismo industrializado, en términos de altas tasas de crecimiento del producto, mantenimiento del pleno empleo, rápido crecimiento de la inversión, mejora en los niveles de vida de la población, etc. (Cuadro 1).

Características principales de diversas fases del capitalismo en los países desarrollados (1820-1979)				
Fases	PBI (1)	IBKF (1)	Desempleo (2)	Inflación (3)
1820-1870	2,2	n.d.	n.d.	0,2
1870-1913	2,5	2,9	4,5	0,4
1913-1950	1,9	1,7	7,3*	-0,7*
1950-1973	4,9	5,5	3,0	4,1
1973-1979	2,5	4,4	4,1	9,5

(1) Promedios anuales de tasas compuestas de crecimiento.

(2) Tasas anuales promedio (porcentaje de la fuerza de trabajo).

(3) Tasa anual de crecimiento de los precios al consumidor.

* 1920-1938

PBI: Producto bruto interno

IBKF: Inversión bruta de capital fijo

Fuente: Glyn et al. (1988)

b) fines de la década de los '60-1973: hacia fines de los '60 comienza la crisis del exitoso régimen de acumulación que había operado en los veinte años anteriores. Este crisis no se expresaba aún en forma explícita pero se hallaba latente en tendencias tales como la detención de los aumentos de productividad, la disminución de la relación producto/capital y la caída en la tasa de beneficio (Cuadro 2).

Evolución de la tasa de beneficio y la razón producto/capital en los países avanzados* (1960-1979)					
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)
TDB	28,8	24,7	20,4	11,9	13,2
P/K	1,17	1,1	1,02	0,86	0,88

* EUA. Reino Unido, Francia, Italia, Japón, RFA.

(1) Comienzos de los '60

(2) Fines de los '60

(3) Comienzos de los '70

(4) 1973-1975

(5) 1975-1979

² Resulta pertinente señalar que existen diversas corrientes que conviven bajo el rótulo de “escuela de la regulación” (1988) para su clasificación posible. Aclaremos, por tanto, que el enfoque a utilizar es, básicamente, el de la llamada corriente “parisina” (aunque incluso dentro de ella podemos detectar una variedad de posiciones). Entre los numerosos textos producidos por esta corriente, algunos de los más importantes son: Aglietta (1986³), Aglietta y Orlean (1982), Boyer (1979), Boyer y Mistral (1983) y Coriat (1978).

* 1920-1938

TDB: Tasa de beneficio (beneficio operativo neto sobre existencia de capital)

P/K: Razón producto capital (valor agregado neto sobre existencia de capital)

Fuente: Glyn et al. (1988)

c) 1973-1979: la crisis se hace explícita a partir de la combinación de las tendencias mencionadas en b) y la explosión del "shock" derivado del alza del precio del petróleo. Las tasas de crecimiento del producto y la inversión descienden bruscamente, al tiempo que aparece una alta inflación y el desempleo, así como la productividad y la tasa de beneficio continúan cayendo (Cuadro 1, 2 y 4).

d) década de los '80: la aplicación de medidas de corte neoliberal en la mayoría de las naciones industrializadas logra detener la inflación, pero a costa de una nueva caída en el dinamismo de las economías y un agravamiento del problema del desempleo (especialmente en Europa) (Cuadro 3): la productividad tampoco parece recuperarse significativamente (Cuadro 4). Por lo contrario, la tasa de beneficio comienza a recomponerse rápidamente (Cuadro 5).

Cuadro 3

Evolución de los principales indicadores en los países de la OECD (1970-1987)				
	PBN (1)	IBKF (1)	Desempleo (2)	Inflación (3)
1970-1979	3,3	3,2	4,6	8,3
1980-1987	2,4	2,0	7,9	6,4

(1) Promedios anuales de tasas compuestas de crecimiento

(2) Tasas anuales promedio (porcentaje de la fuerza de trabajo)

(3) Tasa anual de crecimiento de los precios al consumidor.

PBI: Producto bruto interno

IBKF: Inversión bruta de capital fijo

Fuente: OECD (1988b)

Cuadro 4

Crecimiento de la productividad en los países de la OECD			
Tasas de crecimiento anual (compuestas)			
	(1)	(2)	(3)
Pre-1973	2,8	4,2	-0,4
1974-1979	0,7	1,6	-1,4
1980-1986	0,6	1,4	-1,3
1987-1990*	1,2	1,9	-0,6

* Estimado

(1) Productividad total de factores (valor agregado bruto/total inputs factoriales)

(2) Productividad del trabajo (valor agregado bruto/empleo en el sector privado)

(3) Productividad del capital (Valor agregado bruto/existencia bruta de capital)

Fuente: Glyn et al. (1988)

Cuadro 5

Evolución de la tasa de beneficio y la razón capital/producto en los países más avanzados* (1971-1990)			
	1971-1980	1981-1985	1986-1990
TDB neta	10,1	4,9	6,7
P/K	90,3	98,4	98,9

* EUA, Reino Unido, Francia, Italia, Japón, RFA, Canadá.

** Estimaciones.

TDB neta: Diferencia entre la tasa de retorno (beneficio neto sobre existencia de capital) y la tasa de interés real a largo plazo

P/K: Razón entre la inversión fija y el producto (1982 = 100)

Fuente: OECD (1988b)

a) La “Edad de Oro”

En primer lugar, veamos las principales características de lo que hemos llamado “Edad de Oro” del capitalismo industrializado, haciendo abstracción de las diferentes modalidades nacionales que asumió en los distintos países.

En dicho período se desplegaron las potencialidades de lo que la escuela de la regulación denomina “fordismo”, esto es un régimen de acumulación intensiva, basado sobre la existencia de un “círculo virtuoso” que vinculaba aumentos de productividad (obtenidos esencialmente por economías de escala en nivel de la producción) a crecimiento del salario (vía mecanismo de negociación colectiva)³.

La elevación del salario provocaba un crecimiento sostenido del consumo masivo –garantizando el nivel de demanda- que era requisito para el mantenimiento de una elevada tasa de inversión; esta última venía a impulsar el ritmo de aumento en la productividad. De este modo se aseguraba una cohesión entre la producción en masa, posibilitada por la introducción de la línea de montaje semiautomatizada en las fábricas, y el consumo en masa, garantizado por la creación de mecanismos institucionales de negociación colectiva entre sindicatos y empresas en los que se acordaban las normas de reparto de los aumentos en la productividad.

La alta tasa de acumulación de capital permitió la aceleración del crecimiento en la productividad del trabajo. Dado que las tasas de crecimiento en ambas variables se mantuvieron aproximadamente iguales, no se produjo una reducción de la razón producto/capital. El régimen de acumulación intensiva pudo entonces evitar tanto la tendencia a la caída en la tasa de beneficio como la aparición de desequilibrios fuertes entre la producción de bienes de capital y la de bienes de consumo.

El estado adquiere en este período un papel fundamental dentro del proceso de acumulación, no sólo a través de su presencia directa en la producción de bienes y servicios, sino básicamente a través de la gestión monetaria y fiscal. Por lo menos en el mismo nivel de importancia debe situarse la intervención gubernamental en los mercados, especialmente en el de trabajo. El estado contribuye de este modo a la “construcción” de una demanda que encuentra un puso en las fases de depresión gracias, justamente, a la aparición de mecanismos que aseguran una cierta norma mínima de consumo obrero a través de seguros de desempleo, leyes de salario mínimo, extensión del sistema de seguridad social, etc. Este tipo de intervención gubernamental es el que dará lugar a la noción de “Estado del Bienestar” (Welfare State) que será una de las características de esta etapa del capitalismo⁴.

Podemos introducir aquí el concepto de modo de regulación. Con él se trata de explicar cuáles son los mecanismos que aseguran la reproducción de un régimen de acumulación (capitalista) determinado, pese a las tendencias contradictorias que son inherentes a la dinámica de dicho modo de producción. Desde esta perspectiva la solución de la crisis de los '30 exigió el paso de una regulación “competitiva” (con sanciones canalizadas a través de la mano invisible del mercado) a una regulación “monopolista”, que opera

³ Estos aumentos no se registraban solamente en el llamado salario “directo” sino también en el “indirecto”, a través de la extensión de mecanismos de seguridad social implementados por el estado y financiados parcialmente por las empresas.

⁴ Schmitter (1986) recuerda que el “Estado del Bienestar” no sólo realizaba transferencias de ingresos hacia los hogares sino también hacia las empresas y propone en consecuencia hablar de estado benefactor/interventor.

principalmente a través de la creación de instituciones y normas explícitas que tienden a asegurar la continuidad de la acumulación intensiva y las relaciones salariales fordistas ya descritas⁵.

Este modelo encontrará sus límites, a fines de los '60, por el agotamiento de las ganancias de productividad obtenidas mediante la profundización de los métodos fordistas. "Más allá de un umbral, los métodos fordistas pasan a ser antiproductivos" (Boyer, 1986); esto ocurre tanto por razones técnicas (desequilibrios dentro de la línea de montaje, tiempos muertos, falta de flexibilidad, etc.) como sociales (gran rotación de trabajadores, ausentismo, baja intensidad en el esfuerzo laboral, efectos perturbadores de las huelgas, costos crecientes de las exigencias de control y calidad del trabajo, etc.).

Esto introduce presiones descendentes sobre la tasa de ganancia que se intentan neutralizar por la vía del ajuste salarial y el ataque a las conquistas laborales obtenidas en los años anteriores. La estrategia choca con la resistencia de la fuerza de trabajo, al tiempo que se acentúa el cuestionamiento de los operarios a los métodos de organización fordistas y las jerarquías al interior de la planta, lo cual se traduce en conflictos y huelgas, cuya expresión más clara la brindarían los hechos del '68, especialmente en Italia y, en menor medida, en Francia.

El éxito de las fuerzas laborales se apoyó fundamentalmente sobre dos elementos: el elevado grado de concentración y sindicalización de la fuerza de trabajo y los bajos niveles de desempleo existentes en aquel momento. Si bien a costa de un descenso en la tasa de beneficio y del recalentamiento de las tensiones inflacionarias, la continuidad de los aumentos salariales permitió mantener un crecimiento relativamente alto y, por ende, el funcionamiento del régimen fordista, hasta que la crisis del petróleo en 1973, evidenció la imposibilidad de su supervivencia.

Por otra parte, el fracaso de la estrategia de fines de los '60, que pretendía trasladar los costos de la crisis a la clase obrera, significó un llamado de atención para los sectores empresariales e impulsó definitivamente las tendencias de automatización y flexibilización de los procesos productivos.

Como veremos más adelante, las llamadas nuevas tecnologías parecen ser funcionales no sólo como portadoras de nuevas ganancias de productividad, sino también como una forma de desestructuración y heterogeneización de la fuerza de trabajo. Su introducción, junto con la notable expansión del desempleo a partir de los '70, permitirá la implementación de la estrategia antes fracasada.

b) La crisis

De acuerdo con este enfoque, al terminar la década de los '60 se habría asistido al comienzo del fin del fordismo, fenómeno que se tradujo en los '70 en la aparición de crisis "estanflacionarias" (combinación de inflación con recesión) en el capitalismo central.

A fines de los '60 se habría producido una crisis, expresada en un descenso de la tasa de ganancia en las economías centrales. La causa de esta crisis hay que buscarla en la caída en el ritmo de crecimiento de la productividad del trabajo que ya no compensaba la elevación de la existencia de capital por trabajador; la consecuencia será un descenso en la razón producto/capital y en la tasa de beneficio. Queda claro que, en esta concepción, el derrumbe del régimen fordista no proviene de "shocks" externos (como el aumento del precio del petróleo), sino que está provocado por la extinción de las posibilidades expansivas de una cierta lógica productiva y social⁶.

Por lo dicho, parece evidente que no estamos frente a una crisis dentro de un modo de regulación (v.g. "ciclo de negocios"); por lo contrario, se trataría de una "crisis orgánica", esto es una crisis del régimen de acumulación intensiva y, en consecuencia, del modo de regulación monopolista característico del fordismo. La salida exigiría no sólo la aparición de un nuevo régimen de acumulación (y tal vez nuevas relaciones laborales) que garantice una nueva etapa de crecimiento estable y sostenido en las economías centrales, sino también la "creación" (socialmente construida) de un nuevo modo de regulación que asegure la reproducción de la acumulación capitalista.

La crisis de los años '30 se desplegó con características diferentes a la actual, ya que se tradujo en un período depresivo más largo e intenso, acompañado de un proceso deflacionario. En los '70 estos fenómenos se evitaron gracias a la presencia de mecanismos heredados del fordismo; la malla de seguridad brindada por el Estado de Bienestar impidió que apareciese una depresión acumulativa y los mecanismos no competitivos de fijación de precios (aplicación de "mark-up") hicieron que la crisis viniera acompañada de presiones inflacionarias (convalidadas, al menos al comienzo de la crisis, por una gestión monetaria permisiva).

⁵ La crisis de los '30 es vista en esta perspectiva como una crisis de "realización", provocada por la introducción de métodos de organización científica del trabajo (taylorismo), que posibilitaban el paso a la producción en masa, sin el correlativo desarrollo de una nueva norma de consumo masivo.

⁶ Los "shocks" petroleros del '73 y del '79 habrían operado solamente como potenciadores de los efectos de la crisis.

La crisis brindó la oportunidad para que las corrientes conservadoras propagaran, con fuertes bríos, el cuestionamiento hacia la excesiva presencia estatal en la economía. La recesión se explica, en esta versión, por las extendidas reglamentaciones gubernamentales que, supuestamente, habrían obstruido la acción de las fuerzas del mercado; y la inflación, por la desmedida extensión de los gastos públicos que llevaron a crecientes déficits fiscales y a una incontrolada expansión monetaria. Se argumenta que el estado habría sido sobrecargado de demandas por parte de diversos grupos sociales que pugnan por obtener, a través de él, transferencias de ingresos. Debido a ello, por un lado, se habría “politizado” temas que deberían haber sido reservados a la acción del mercado (vivienda, salud, educación, seguridad social) y por otro, el estado se habría introducido indebidamente en la esfera productiva, tanto nacionalizando empresas como repartiendo subsidios a diversos sectores industriales. A partir de aquí se cuestionará toda la trama social creada por el Estado del Bienestar⁷.

Junto con el estancamiento del producto surge la cuestión del desempleo. La combinación de altos niveles de inflación y desempleo creciente lleva al rechazo de conceptos teóricos que hasta entonces habían sustentado la existencia de una relación de “trade-off” (intercambio) entre ambos (curva de Phillips⁸). Se abandona el concepto keynesiano de desempleo (vinculado a una falta de demanda efectiva) y reaparece la idea de que la rigidez en el mercado laboral, que no permite ajuste —a la baja— de los salarios a los niveles de equilibrio, es el origen del desempleo en las economías capitalistas centrales⁹.

Por otra parte, el estancamiento de la demanda doméstica lleva a una lucha por los mercados externos y hace que la “competitividad” de las economías nacionales pase a ser un elemento primordial para la elaboración de estrategias de salda a la crisis¹⁰.

De esta manera, el componente salarial adquiere una tercera dimensión. En efecto, antes de la aparición del fordismo el salario era visto unilateralmente como un costo; la crisis de los '30 exige la incorporación de una segunda perspectiva que es la de considerarlo como un componente de la demanda agregada, esencial por tanto para asegurar la continuidad de la acumulación intensiva. Pero cuando el mercado externo se torna un objetivo dentro de las estrategias empresariales (lo que exige el apoyo estatal), al salario se le agrega una dimensión “internacional”, como elemento de determinación del nivel de competitividad de una economía nacional.

Se asiste de este modo a un “círculo vicioso” de internacionalización-auteridad. La recesión en los mercados domésticos conduce a la búsqueda de mayores exportaciones para compensar la baja tasa de crecimiento de la demanda interna. Las posibilidades de éxito de esta estrategia consistirían, aparentemente, en limitar los aumentos salariales con vistas a conseguir un mayor grado de competitividad en los mercados externos; esto, naturalmente, refuerza las presiones depresivas por el lado de la demanda doméstica.

Dado que la mayoría de las naciones centrales adoptan idéntico curso de acción, no es posible la compensación buscada, lo que, paradójicamente, lleva a reforzar la austeridad de las políticas internas. Las fuertes interdependencias entre las distintas economías, consagradas no sólo en nivel institucional (como en el caso de la CEE), sino también por los estrechos lazos que se establecen en nivel microeconómico entre agentes transnacionalizados, dificultan las opciones. El país que impulsa estrategias expansivas es inundado por las importaciones (es el caso de Francia en la primera parte de la administración socialista de Mitterrand). Las recesiones domésticas, por tanto, se refuerzan mutuamente.

⁷ Las teorías neoliberales al estilo de la “rent-seeking society” (Krueger, Tullock) o el “public choice” (Buchanan) cuestionan toda intervención gubernamental en la actividad económica. En algunas versiones se trata de que el mercado es superior a la democracia en cuanto asignador de recursos; en otras, lo que se cuestiona es directamente el proceso político por ser fuente de despilfarro de recursos. Ver Przeworsky y Wallerstein (1986) para una crítica a estas ideas en su propio terreno. Llevado el razonamiento a sus conclusiones lógicas, estas tendencias parecen oscilar en sus versiones radicales entre el “anarquismo de mercado” y el “fascismo de mercado”, según que lo cuestionado sea el propio estado y el proceso político, o, simplemente, las formas democráticas.

⁸ La llamada “curva de Phillips” es un conocido instrumento teórico de la macroeconomía de inspiración keynesiana; ella vincula altas tasas de inflación con bajos niveles de desempleo (y viceversa). Esto permite que exista un margen de acción para la política gubernamental; por ejemplo, sería posible reducir el desempleo, incrementando la demanda efectiva, a costa de elevar, moderadamente, la inflación. Esto fue cuestionado en nivel teórico por autores como Friedman, que negaron la existencia de una curva de Phillips, con las propiedades descritas, en el largo plazo. En nivel empírico, su base de sustentación quedó deteriorada con la aparición del ya comentado fenómeno “estanflacionario”.

⁹ Esta “rigidez” habría sido introducida por un conjunto de factores inherentes a la lógica del Estado del Bienestar: leyes de salario mínimo, excesiva influencia de los intereses sindicales, seguros de desempleo, normas que encarecen los despidos, etc.

¹⁰ Si bien durante los años '50 y '60 aumentó la proporción de exportaciones dentro del producto en los países desarrollados, el alza fue muy moderada y los niveles de apertura de las economías capitalistas estaban muy por debajo de los que prevalecían antes de la primera guerra mundial. Es en la década de los '70 cuando se acelera (y asume nuevas características) el proceso de internacionalización y apertura de las economías capitalistas centrales.

Sólo los Estados Unidos pueden desmarcarse de esta lógica que sanciona al país que se aparta de la autoridad (funcionando, de paso, como la única fuente de dinamismo dentro de la económica mundial); esto es posible, fundamentalmente, por ser el país emisor de la moneda hegemónica en nivel internacional, aunque se hace a costa de acumular tensiones graves en el sistema económico internacional (ver sección 2-b).

Este fenómeno revela una de las debilidades básicas del modelo fordista: la falta de mecanismos adecuados de “regulación internacional”. En efecto no hay un modo de regulación “fordista” en nivel mundial y, por ende, las diversas políticas nacionales entran en conflicto y pese a que se pueden vislumbrar soluciones cooperativas más favorables para todos los involucrados, se asiste a sanciones que operan tanto en el campo financiero como en el de realización de las mercaderías¹¹.

La internacionalización comercial, productiva y financiera de la posguerra fue guiada fundamentalmente por las empresas y bancos transnacionales; la microrracionalidad de estos agentes no generó una regulación macroeconómica coherente en nivel mundial. Cuando en los '70 entre en crisis el mundo industrializado, se asiste a lo que *Ominami* (1987) llama un intento de “regulación privada” liderada por los agentes financieros transnacionalizados y basada sobre una creación monetaria autónoma, canalizada a través de la oferta internacional de crédito. Esto permitió el surgimiento de un “keynesianismo planetario” que morigeró los efectos recesivos de la crisis, suavizando las tendencias depresivas de los países desarrollados y asegurando la continuidad inflacionaria del crecimiento del tercer mundo durante los '70: el endeudamiento de la periferia se tradujo en exportaciones para los países industrializados. La crisis de la deuda en los '80 marca el fin de esta etapa (ver Sección 4).

El “shock” recesivo de fines de los '70 y comienzo del desmantelamiento del Estado del Bienestar, liderados por los conservadorismos británico y estadounidense (imitado en muchos casos por gobiernos de otras tendencias políticas), detuvieron ciertamente la aceleración inflacionaria, a costa de una profundización de las tendencias recesivas. A diez años de estas políticas no queda claro cuál ha sido su contribución, habida cuenta de que la inflación que parecía controlada vuelve a acechar en el Reino Unido y, si bien el crecimiento se ha recuperado parcialmente luego de la “debaque” del '82 (año en que la tasa de crecimiento fue negativa en el mundo industrializado), los últimos años muestran cifras magras y con una leve inflexión a la baja (lo mismo sucede con la inversión fija)¹². El desempleo en Europa, en tanto, parece haber alcanzado niveles irreductibles, mientras que en EUA la competitividad (serio objeto de preocupación), si se la juzga por las cifras de comercio no ha mejorado sustancialmente. En cambio, las tasas de beneficio parecen haberse recompuesto; este signo es, justamente, al que apelan algunos analistas para juzgar que la crisis ya ha terminado y que, por lo tanto, es dable esperar una recuperación de la inversión que podría conducir a una nueva etapa de crecimiento sostenido del producto.

Algunas perspectivas

Aquí haremos abstracción del mencionado debate en torno a si la crisis ha sido ya superada o no. En todo caso, en el contexto de este trabajo, esta discusión no es a nuestros fines tan importante; por el contrario, resulta más relevante la cuestión de las posibles configuraciones de un nuevo régimen de acumulación estable y sostenida.

Existen dos perspectivas legítimas que, sin embargo, no vamos a considerar en detalle. La primera de ellas se vincula con lo que hace mucho tiempo los economistas clásicos llamaban el “estado estacionario”, etapa melancólica de la sociedad en la cual ya no es posible alcanzar tasas de crecimiento elevadas. En este sentido, podríamos preguntarnos si es posible un retorno a los indicadores económicos de la “edad

¹¹ Debe reconocer que esta ausencia de un “modo de regulación mundial” no es tan absoluta. Luego de la segunda guerra mundial, a partir del Acuerdo de Bretton Woods, se creó un conjunto de instituciones (FMI, GATT, Banco Mundial) que intentaron llenar esta función. Este esquema operó relativamente bien hasta la crisis, pero se reveló insuficiente para contenerla o encauzarla. La ruptura del sistema de tipos de cambio fijos en 1971 es sólo una expresión de esta inadecuación.

¹² En la próxima sección se hablará de los EUA como “locomotora” de la economía mundial durante los '80, lo cual puede parecer contradictorio con lo dicho en este párrafo sobre el “shock” depresivo de fines de los '70 y la recesión del '81-'82. La explicación es la siguiente: en los '80, la administración Reagan comenzó a practicar lo que muchos llaman un keynesianismo “perverso”. La superación de la recesión provino de un permanentemente abultado déficit fiscal que permitió la reanudación del crecimiento estadounidense pero tuvo como consecuencia no deseada la elevación incontrolada del déficit comercial (ver Sección 2-B); este último es el elemento que funciona como fuente de demanda para el resto de las naciones capitalistas. Samuelson puntualiza acertadamente que la política de la administración Reagan no puede ser calificada de keynesiana por el solo hecho de basarse sobre continuos déficit presupuestarios. La política fiscal recomendada por dicha escuela tiene un carácter anticíclico, mientras que la economía estadounidense se halla en el presente muy cercana al pleno empleo y, a la vez, ostenta un abultado déficit fiscal (*Samuelson*, 1989).

dorada” o si en lugar de una crisis, en realidad estamos asistiendo al inicio de una nueva etapa del capitalismo en la que se han agotado las posibilidades de acumulación acelerada¹³.

Una segunda perspectiva posible, vinculada a algunas corrientes marxistas, adopta la idea de que estamos en presencia de una crisis terminal, agregando la convicción de que su salida se vincula a la llegada de una nueva formación social que sería el socialismo¹⁴.

Nosotros trabajaremos, en cambio, dentro de la perspectiva de que existen salidas posibles a la crisis (dentro del sistema capitalista), que signifiquen un retorno a un período de crecimiento rápido del producto y la inversión. Esto no prejuzga sobre la factibilidad de dicho fenómeno; tampoco supone que necesariamente se verifiquen otras características que acompañaron la “Edad de Oro” de la posguerra (p. ej. pleno empleo).

No existe, obviamente, una visión única respecto de la cuestión de las salidas. La más conocida —y predominante entre los gobiernos— es la que podemos denominar de la “nueva derecha”, que pregona un esquema de retorno a unos supuestos mecanismos de mercado en reemplazo de las “reglamentaciones” que introdujo el estado en la actividad económica. Más adelante (ver Sección 3) veremos cómo se ha desplegado esta concepción en algunos países. Deseamos adelantar, sin embargo, la cuestión básica que, a nuestro juicio, debe discutirse en torno a esta perspectiva; esto es, si la “salida” a la crisis implica automáticamente la constitución de un nuevo modelo estable de acumulación sostenida.

Algunas corrientes postulan la posibilidad de una “salida tecnológica” que vendría motorizada por el despliegue de las potencialidades derivadas de las “nuevas tecnologías” encabezadas por la microelectrónica. Se formaría así un nuevo “paradigma tecnoeconómico” que brindaría el marco para una nueva “trayectoria de innovación tecnológica” que garantice el retorno a los aumentos de productividad característicos de la posguerra (Pérez, 1986)¹⁵. Esta corriente admite que esto no será posible sin la invención de nuevos mecanismos sociales, tanto en nivel de la empresa como en el conjunto de la sociedad, que permitan aprovechar las virtualidades técnicas del nuevo paradigma. Creemos, sin embargo, que subyace en esta formulación un cierto mecanicismo por el que se postula una vinculación más o menos directa entre la aparición de un salto en las “fuerzas productivas” y la transformación en un sentido adecuado de las “relaciones de producción”.

Agreguemos que el sustento empírico de esta visión es muchas veces nulo (e incluso pueden encontrarse datos contradictorios con ella). Por otro parte, autores como Lipietz (1985b) recuerdan con agudeza las fallas de este modelo en cuanto se lo pretende generalizar a la interpretación de la historia del capitalismo en torno a sucesivos paradigmas tecnoeconómicos cuyo reemplazo viene dictado por la aparición de una oleada de innovaciones tecnológicas. En este sentido, podemos decir con él que lo único nuevo en nivel tecnológico en la segunda posguerra fue la televisión. Tampoco parece haber ninguna desaceleración del progreso técnico en los años '60, y a principios del '70 la microelectrónica ya esta considerablemente desarrollada. En definitiva, lo que se pone en cuestión es la existencia de dichas “oleadas” de innovación tecnológica.

Desde la perspectiva “regulacionista”, haremos hincapié en que si bien las nuevas tecnologías aportan la posibilidad de alteraciones importantes en la organización del trabajo a nivel de la fábrica (automatización, especialización flexible —tanto estática como dinámica—, etc.), la salida a la crisis dependerá de la articulación de un nuevo régimen de acumulación que establezca un nuevo compromiso de reparto de los

¹³ En los años recientes se ha asistido, dentro del mundo desarrollado, al predominio de la valorización especulativa de capitales frente a la inversión productiva; esta tendencia es un elemento importante a considerar en esta perspectiva. En los Estados Unidos este fenómeno se ejemplifica notoriamente con la profusión de operadores de fusión (“mergers”) y adquisición (“take-over”) de empresas con fines generalmente especulativos; asimismo, la difusión de los llamados “bonos-basura” (“junk-bonds”). Cabría preguntarse por la posibilidad de la continuidad de dicha situación que comienza a perjudicar incluso a la competitividad de la industria estadounidense.

¹⁴ El hecho de que no discutamos estas dos perspectivas no implica un rechazo a sus fundamentos tanto teóricos como empíricos; por lo contrario, resulta legítimo y necesario reintroducir en el debate ambas posiciones.

¹⁵ No hay acuerdo respecto de los aportes que la informática brinda al proceso productivo. Coriat (1985 y 1988), a diferencia de lo que sugiere Pérez, señala que la microelectrónica no aporta grandes aumentos de productividad por segundo de tiempo-máquina utilizada, ni una reducción en los costos totales de la inversión, sino esencialmente la posibilidad de utilizar al máximo las máquinas de un taller, esto es una “integración” del proceso de trabajo que se traduce en eliminación de tiempos muertos, reducción del nivel de existencias, etc. y la de convertirlo en un taller flexible. Esto último puede ser analizado desde un punto de vista estático (mayor utilización de las capacidades productivas, mayor cobertura —es el caso de las firmas multiproducto—, etc.) como dinámico (posibilidad de cambios en la línea de producto sin necesidad de reemplazo de la totalidad del capital financiero, efectos de aprendizaje, etc.). Lipietz (1985b) agrega que la robotización obedece no sólo a estrictas cuestiones de productividad (y, por ende, de rentabilidad) sino también a una lógica de lucha social en la empresa. Esto se asocia tanto a la cuestión de la formulación de nuevas relaciones laborales al interior de planta (con el debate entre mayor polarización de las capacidades y jerarquías o un mayor involucramiento de los trabajadores en el proceso productivo con la consiguiente reducción de la separación entre trabajo manual e intelectual) como a los procedimientos de negociación salarial (colectiva o individual, por rama o por planta, etc.).

aumentos de productividad y determine la formación de una nueva norma de consumo (¿masivo?)¹⁶. Al mismo tiempo, se hace necesaria la “creación” de un nuevo “modo de regulación” que asegure la reproducción de dicho régimen de acumulación, lo cual involucra la aparición de nuevos mecanismos sociales de cohesión y consenso.

A su vez, la revolución tecnológica trae aparejada la cuestión de las relaciones al interior de la fábrica; aquí la discusión se centra en el papel que jugará la fuerza de trabajo en la nueva configuración del sistema productivo. Especialmente importante es preguntarse si la aplicación de la informática a la producción traerá consigo una jerarquización del colectivo laboral y un enriquecimiento de las tareas de los operarios o, por lo contrario, se producirá un empobrecimiento y rutinización aún mayores de los generados por la línea de montaje fondista y la organización taylorista del proceso de trabajo. Probablemente se asista a una conjugación de ambas tendencias, lo cual daría por resultado una fragmentación de la fuerza sindical y una heterogeneización al interior del proletariado.

No podemos olvidar tampoco la cuestión de la dimensión internacional de la crisis y, por ende, el análisis de la necesidad de mecanismos mundiales de regulación que garanticen la supervivencia del sistema de relaciones económicas internacionales (y la de los propios modos de regulación nacionales, suponiendo que continúe la tendencia a la integración en la economía mundial).

Capítulo 4:

El escenario mundial y las perspectivas para los países no desarrollados

Antes de comenzar con el desarrollo de esta sección, nos parece adecuado formular una advertencia. El término “países no desarrollados” engloba y encubre realidades muy diversas. Crecientemente podemos distinguir, como lo hace *Ominami* (1987), una “periferia” dentro de la periferia. Las consideraciones que siguen no hacen referencia sino muy tangencialmente a dicho grupo de países que podemos decir que “viven en crisis”.

Pero aún dentro de las naciones más adelantadas de la periferia encontramos una variedad importante de situaciones y posibilidades. Trataremos en lo posible de deslindar las aplicaciones de ciertos conceptos en cuanto a su pertinencia o no respecto de determinadas realidades nacionales o regionales específicas. Sin embargo, será inevitable que se introduzcan algunas generalizaciones seguramente cuestionables; pese a esto, pensamos que es útil su formulación, aunque luego pueda ser debatible su validez en cada situación particular.

Crecimiento y crisis

La crisis de los '30 significó para los países no desarrollados el fin de los esquemas de crecimiento basados sobre la exportación de productos primarios. La lógica del fordismo llevó a un mayor autocentrado de la dinámica de acumulación en el capitalismo central y, en consecuencia, a una “exclusión relativa” de la periferia de las corrientes de comercio e inversión internacionales (*Ominami*, 1987). En la década de los '30, por ende, la periferia entra también en “crisis” y se gestan estrategias de respuesta (al comienzo, no necesariamente con apoyo estatal) que pasan esencialmente por comenzar a producir internamente lo que antes se importaba. Así nacen los esquemas que luego fueron conocidos como de industrialización sustitutiva de importaciones (ISI). El grado de industrialización alcanzado con estos modelos fue función de un conjunto complejo de variables, entre las que podemos anotar el tamaño del mercado interno, el tipo de procesos productivos introducidos, el carácter y participación del estado, la presencia de empresas

¹⁶ Junto con los cambios en nivel de proceso productivo, las nuevas tecnologías generan la posibilidad de responder a demandas “segmentadas”, esto es superar el consumo de bienes estandarizados para pasar a cubrir necesidades personalizadas y específicas de los demandantes. A partir de allí se plantea una perspectiva posible para discutir la cuestión de la recreación del consumo masivo. Según algunos autores no deben mezclarse dos planos que a veces se confunden: por un lado está el hecho de la segmentación de los mercados y las series cortas de producto; esto no significa, sin embargo, que para aprovechar las posibles ganancias de productividad derivadas de las nuevas tecnologías ya no sea necesaria la existencia de mercados con demandas crecientes (aunque no estandarizadas). Esto se vincula con la discusión sobre flexibilidad estática y dinámica: esta última, que sería la portadora de las mayores ganancias de productividad en el largo plazo, requeriría, para efectivizar sus potencialidades, de mercados con demandas crecientes (producción en masa flexible). En este sentido, se observa que las nuevas tecnologías son fuertemente ambivalentes, ya que permiten la valorización de los capitales individuales en condiciones de crecimiento lento e inestable, la vez que son portadoras de principios de revitalización de la producción en grandes series para demandas crecientes (*Coriat*, 1988).

transnacionales (ET), los métodos de organización del trabajo, las características de la clase asociada a la exportación de productos primarios, etc.

El desarrollo de la ISI dio lugar, más adelante, a una tendencia por la cual los países no desarrollados incursionan en el mercado mundial por etapas que implican la colocación de productos con crecientes grados de complejidad técnica (mayor valor agregado).

Algunos datos son ilustrativos de la anterior aseveración. Entre 1960 y 1970, las exportaciones de los países no desarrollados descendieron, en términos relativos, en materias primas no elaboradas y aumentaron en petróleo y manufacturas. Dentro de esta última categoría, tomando un período más prolongado, vemos que entre 1962 y 1979 disminuyeron, relativamente, las de textiles y las de alimentos, bebidas y tabaco (la participación agregada de estos productos en las exportaciones de los países no desarrollados pasó del 52% en 1962 al 19% en 1979) y crecieron las de productos metalmeccánicos, confecciones y productos manufacturados diversos (representaban un 55% de la composición de las exportaciones de los países no desarrollados en 1979) (*Bekerman*, 1985). Estas tendencias indicaban un proceso de cambio en los patrones de inserción tradicionales (basados sobre materias primas y, en menor grado, manufacturas ligeras), para pasar a una etapa superior en cuanto a una mayor presencia de manufacturas complejas dentro del "mix" exportador.

En la década de los '70 se hacen evidentes los límites de la ISI. La subsistencia de una buena parte de los sectores industriales domésticos en los países periféricos (aún en el caso de las ET radicadas en ellos), continuaba dependiendo crucialmente de las barreras proteccionistas y los subsidios estatales, ya que no se logró constituir una estructura industrial articulada y con posibilidades de competir internacionalmente, pese al relativo crecimiento de las exportaciones manufactureras más complejas (que se detuvo a finales de la década de los '70).

Por otra parte, la industria local no fue capaz de absorber a la totalidad de la fuerza de trabajo excedente que provenía de los sectores tradicionales, generándose una estructura ocupacional con altos niveles de subempleo; una elevada proporción de la mano de obra se concentraba en actividades de baja productividad (que se suelen agrupar bajo el término de actividades "informales"). *Cimoli* (1988) atribuye esta característica de la ISI (en especial en Latinoamérica) al relativo atraso de las técnicas y modos de organización de la producción en el sector industrial; habría predominado procesos discontinuos, de baja productividad, que no permitieron alcanzar economías de escala y tamaños de planta suficiente como para absorber la totalidad de la mano de obra disponible.

Al mismo tiempo que arreciaban las críticas a la ISI, comenzó a generalizarse el uso de una nueva categorización que se aplicaría a aquellos países periféricos con un mayor grado de desarrollo relativo; el término utilizado es el de NIC's ("newly industrialized countries"). Los límites de este grupo son más bien borrosos, pero en él están incluidos, la menos, los cuatro "tigres" del sudeste asiático (Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong-Kong), y algunos países que tuvieron, relativamente, un mayor éxito con la ISI (el Brasil, México y la India)¹⁷.

Las naciones del sudeste asiático son llamadas por *Ominami* (1987) "economías taylorianas" y se caracterizan por una industrialización orientada básicamente hacia los mercados externos y, en una primera etapa, poco intensiva en capital¹⁸. El Brasil, México y la India son designados por *Ominami* como "economías de régimen mixto"; pese a estar basadas principalmente sobre la ISI, habrían podido combinar

¹⁷ También se suele incluir en esta categoría a algunas naciones europeas como Yugoslavia, España, Portugal y Turquía, a las que aquí no se hará referencia.

¹⁸ No debe caerse en el error de aceptar la mitología que circula respecto estas economías y que atribuye su éxito a que el proceso de asignación de recursos fue guiado por las fuerzas del mercado, a la presencia de inversiones extranjeras directas y a una especialización basada sobre las ventajas comparativas estáticas. Lo primero es notoriamente falso, ya que la intervención gubernamental ha sido masiva y con alto grado de selectividad. Lo segundo es sólo verdadero en el caso de Singapur. En cuanto a lo último, puede resultar cierto ex post si se considera que estas economías eran mano de obra intensivas; sin embargo, autores como *Hamilton* (1986) sostienen la plausible tesis de que fue justamente una deliberada estrategia gubernamental la que "creó" un proletariado industrial numeroso y disciplinado a partir de instrumentos tales como las reformas agrarias. Por otro lado, resulta bastante evidente que a partir de la década de los '70 estas economías han invertido (y exportado) abundantemente en sectores capital-intensivos y han desarrollado una industria de bienes de equipo bastante importante, "rompiendo" con la especialización "correcta", sin perjuicio aparente para su ritmo de crecimiento. Para una discusión más detallada pueden verse, entre otros, *Ajnzyber* (1983), *Giacoman* (1988) y *Hamilton* (1986). No podemos ignorar que algunos analistas de la corriente liberal, como *Balassa* por ejemplo, si bien reconocen el despliegue del intervencionismo de los gobiernos de países como el Japón, Corea, Taiwán, etc., llegan a afirmar que el éxito de sus economías se produjo "a pesar" de la actividad estatal, cuyas diversas manifestaciones se habrían compensado mutuamente (p. ej., los subsidios a la exportación no harían más que compensar la protección arancelaria); suponiendo que así fuera, ¿podría afirmar *Balassa* que se hubiera arribado a un resultado igual o superior si no hubieran existido ni la protección ni los subsidios? Este tipo de análisis sufre de un sesgo perverso hacia lo "estático"; la dimensión dinámica de los procesos es totalmente ignorada.

parcialmente características de otros regímenes de crecimiento, lo que habría dado lugar a un tipo de acumulación de mayor complejidad y una articulación más eficiente entre las diferentes ramas productivas.

Durante la década de los '70 este conjunto de países conoció una etapa de crecimiento muy rápido al tiempo que la estanflación ganaba las naciones capitalistas centrales. Para describir este fenómeno la escuela de la regulación habla (tal vez en un abuso de lenguaje) de la generación de un “fordismo incompleto” o “periférico” (*Lipietz*, 1982 y 1985a), que se caracterizaría por la adopción de métodos industriales propios del fordismo central, sin un correlativo desarrollo de mercados domésticos masivos. Esta insuficiencia puede ser explicada en gran medida por la incompleta institucionalización de la relación salarial y por la ausencia de mecanismos propios de un “Estado del Bienestar”¹⁹. En este sentido, *Ominami* (1987) se refiere a los “bloques endógenos” propios de la periferia, que según él podrían definir el subdesarrollo, pero que nosotros pensamos que pueden emplearse también para caracterizar las especificidades del “fordismo periférico”; podríamos encontrar, según *Ominami*, tres factores endógenos de bloqueo de la acumulación²⁰:

- La ausencia de mecanismos de regulación de conjunto;
- Un proceso de salarización incompleto;
- La falta de mecanismos de articulación intersectoriales.

Estos bloqueos no impidieron que durante los '70 continuara el crecimiento de los países de la periferia. Si bien hay un proceso de crisis internacional durante dicha década, no podemos hablar de una crisis en la periferia, al menos en tanto se verificó el mantenimiento de un alto ritmo de crecimiento en la producción y en la participación en el comercio mundial (ver Cuadros 6 y 7).

Buena parte de este crecimiento se debería a las “brechas” abiertas por la crisis en las economías centrales, las cuales habrían permitido que varios países no desarrollados se integraran crecientemente al sistema económico internacional, obteniendo de allí una fuente transitoria de dinamismo. Podríamos detectar, de acuerdo con *Ominami* (1987), tres formas básicas de integración.

En primer lugar, los países exportadores de petróleo que se beneficiaron del aumento en el precio del producto. En segundo término, el endeudamiento externo –posibilitado por la disponibilidad de excedentes financieros en posesión de la banca transnacional (petrodólares)–, que, en general, fue utilizado para la adquisición de bienes de equipo y la construcción de obras de infraestructura²¹. Por último, las naciones más avanzadas de la periferia que extendieron el recurso a las exportaciones manufactureras (en general, pero no siempre, relativamente mano de obra intensivas) hacia el mundo industrializado²².

¹⁹ Es probable que el caso coreano sea una excepción parcial a esta caracterización, ya que si bien se trató de una crecimiento liberado por las exportaciones (o mejor dicho, por las inversiones destinadas a la exportación), paulatinamente se produjo un proceso de redistribución de ingresos y elevación del consumo doméstico bastante relevante. Por otro lado, hay que señalar que existen rasgos compartidos con los otros casos de “fordismo periférico”, ya que pese a que la salarización se extiende al conjunto de la población activa (hecho que no ocurre en otros países relativamente industrializados como el Brasil o México, en los que el fraccionamiento de la estructura laboral es importante), se expresa a través de lo que *Salama* llama una gestión “libre” de la fuerza de trabajo (citado por *Ominami*, 1987). Tampoco se produjo la aparición de nada similar a un “Estado del Bienestar”.

²⁰ En realidad, en los países periféricos en los que podría hablarse de un “fordismo”, aunque sea incompleto, son muy pocos. Así, no todos los países semi-industrializados habrían generado un modelo de tipo fondista; *Lipietz* (1982), por ejemplo, habla de un “taylorismo sanguinario” para referirse a Hong-Kong o Singapur. Por cierto, la mayoría de los países africanos, por ejemplo, ni siquiera han conocido una industrialización.

²¹ El caso argentino es, a este respecto, una excepción si nos atenemos al uso que se le dio al endeudamiento. Si autores como *Alvater* (1988) hablan de la “industrialización con deuda” para distinguir a los procesos propios del fordismo periférico en los '70, para nuestro país deberíamos referirnos a una “desindustrialización con deuda” (lo mismo se aplica al caso chileno).

²² Una parte de estas exportaciones hacia los países industrializados provino de procesos de relocalización de segmentos de producción con alta intensidad de mano de obra. Sin embargo, según *Ominami* (1987), más que de una relocalización programada “se trata antes que nada de una competencia exitosa”, habida cuenta del papel relativamente secundario que jugaron las inversiones extranjeras, en especial en países que se presentan como paradigma de estas tendencias (p. ej., Corea y Taiwán).

Cuadro 6			
Comparación entre tasas de crecimiento de los países desarrollados y periféricos*			
(1960-1987)			
	1960-70	1970-80	1980-87
PD	5,1	3,2	2,5
PP	5,6	6,0	2,8

* Promedios anuales de tasas compuestas de crecimiento del PBI.

PD: Países desarrollados.

PP: Países periféricos.

Fuente: *Glyn et al.* (1988); *OECD* (1988b); *IMF* (1988^a).

Cuadro 7				
Exportaciones mundiales por principales regiones*				
(1963-1984)				
	1963	1973	1979	1984
Regiones industriales	64,0	68,0	63,3	62,3
Regiones en desarrollo	20,5	19,2	25,3	24,7
Países del Este	12,1	10,0	9,3	11,0

* En porcentajes

Fuente: *GATT* (1985).

Sin embargo, el propio desenvolvimiento de la crisis en el centro generó tendencias que comenzaron a operar sobre la periferia impidiendo la continuidad del crecimiento de los '70. La periferia entró en "crisis" en la década de los '80 (Cuadro 6); 1982 marca el momento en que se hace manifiesta a raíz del colapso de los países deudores.

Veamos cuáles fueron los principales fenómenos que afectaron a los países no desarrollados. En primer lugar, las transformaciones en el proceso de trabajo que permitieron automatizar procesos en industrias que eran consideradas maduras; se detiene, por ende, la incipiente relocalización de los procesos productivos y se obstaculiza la viabilidad de los esquemas de exportación sobre la base de una fuerza de trabajo con salarios bajos²³.

En segundo término, aparece un cierto grado de proteccionismo, especialmente dentro de los EUA, que trata de accionar en buena parte sobre las exportaciones de los NIC's. Se alegará con razón que la evolución del comercio exterior estadounidense no parece avalar la efectividad de estas políticas; sin embargo, esto no significa que no se hayan producido (y en la actualidad sigan apareciendo) presiones proteccionistas, validadas parcialmente en instrumentos tales como restricciones voluntarias a la exportación, cuotas, elevación de aranceles, reglamentaciones técnicas, etc.

En tercer lugar, estalla la crisis del financiamiento externo a raíz de las políticas monetaristas de los países centrales, que elevan las tasas de interés y limitan drásticamente el monto de financiamiento para los países de la periferia.

En conclusión, la crisis de los '80 en los países subdesarrollados se vincula con la aparición de obstáculos "exógenos" impuestos por la evolución de la crisis del fordismo en el capitalismo central, pero tiene al mismo tiempo determinantes internas ("bloqueos endógenos") en la configuración específica de dichos países.

²³ Conforme con lo dicho más arriba, las tendencias del proceso de relocalización y/o segmentación no están aún claras.

Algunas perspectivas

Del mismo modo que en el caso de los países centrales, para la periferia también podemos detectar visiones diversas en cuanto a los modelos de salida de la crisis.

Al igual que lo hicimos antes, comentaremos aquellas posiciones que mantienen como supuesto la continuidad del sistema capitalista. No consideraremos, por ende, la posibilidad de una transformación socialista. Si bien podría discutirse en términos algo abstractos la superioridad o no de un modelo de acumulación socialista respecto de los capitalismo periféricos, esta opción está excluida en términos de sus condiciones y consecuencias tanto sociales como políticas, al interior de la periferia y, especialmente, en el conjunto del sistema de relaciones internacionales. En nivel internacional el paradigma occidental no es hoy cuestionado por ningún modelo alternativo; el socialismo realmente existente no resulta atractivo para los países no desarrollados a raíz de su fracaso en articular la democratización de sus estructuras políticas con reformas económicas que garanticen un rápido proceso de acumulación. Por ahora parece que se sacrifica la primera en aras de la supervivencia de las segundas (es el caso chino) o, por lo contrario, los cambios políticos (con la proliferación de demandas sectoriales) obstaculizan la marcha de las transformaciones económicas (caso soviético). Esto cuando no ocurre directamente que lo cuestionado sea el propio socialismo y se encañen reformas que parecieran conducir a un regreso al anterior sistema capitalista (Hungría, Polonia)²⁴.

Especificado el marco de discusión, una buena parte de la misma gira en torno a la cuestión de la inserción (o desvinculación) de los países periféricos respecto de la economía mundial. Si bien podemos realizar una clasificación provisional de las posturas respecto al tema, dentro de cada grupo es posible detectar una gama variada de posiciones que contribuyen a formar un arco continuo de perspectivas; muchas veces las diferencias entre dichas posiciones parecerán bastante tenues, pero confiamos en que quede claro que la clasificación propuesta se basa sobre la atención de los diversos puntos en que hacen énfasis cada una de ellas.

Podemos agrupar estas posturas del siguiente modo:

i) Los que argumentan en favor de una apertura irrestricta a las corrientes de comercio e inversión internacionales.

En esta propuesta, el funcionamiento del mercado como asignador de recursos aseguraría un despegue más o menos rápido de las economías subdesarrolladas. Se critica la "excesiva" presencia estatal (causante del estancamiento de este grupo de naciones), a los sindicatos (defensores de posturas corporativas que dificultan la reconversión de los aparatos productivos) y a los sistemas especiales de transferencias de recursos tanto a las empresas (protección, subsidios, etc.) como a las familias (sistema jubilatorio, seguridad social, etc.). Se recomienda, por ende:

a) El desmantelamiento más amplio posible de las regulaciones estatales (incluyendo aquí, entre otras, propuestas tales como autonomizar el funcionamiento de los bancos centrales, eliminar la injerencia estatal en los mercados de divisas, reducir los niveles de protección arancelaria y para-arancelaria, liberalizar los movimientos internacionales de capital, suprimir los subsidios y regímenes promocionales especiales y eliminar los mecanismos de administración de precios).

b) La privatización de empresas públicas y de los sistemas de seguridad social.

c) La flexibilización del mercado de trabajo.

El estado funcionaría como garante (pasivo) de las "condiciones de estabilidad" macroeconómicas que, a su vez, serían suficientes para lograr un crecimiento estable y sostenido.

El objetivo deseado es llegar a un modelo de crecimiento liderado por las exportaciones. Dentro de este grupo de propuestas podemos distinguir aquellas que son indiferentes al tipo de bienes que constituirían la corriente exportadora (es decir que, en la práctica, no rechazan la vuelta a un modelo "exportador primario", acompañado de algunas industrias productoras de "commodities" o que se inserten en esquemas de subcontratación internacional), de las que procuran que la exportación de manufacturas constituya el eje de la inserción exportadora (y en ese sentido podemos, en general, detectar aquí un mayor contenido

²⁴ Este es sólo una pequeña parte de una discusión de dimensiones amplias que involucra, entre otras cuestiones, la reconsideración de temas como el capitalismo dependiente y la supuesta imposibilidad de un desarrollo de la periferia en las condiciones de dicho modelo; la definición de las estructuras sociales de los países subdesarrollados, el carácter de sus burguesías y la heterogeneidad de las clases subordinadas; las posibilidades de generar un desarrollo socialista (en el sentido marxista) en países atrasados -lo que recuerda la discutida categorización de Bahro (1979) sobre el socialismo realmente existente en términos de "vía no capitalista a la industrialización".

intervencionista) al estilo del sudeste asiático. Los comentarios a continuación se refieren primordialmente al primer grupo de opiniones²⁵.

Podemos entonces calificar a esta corriente como "darwinista" en el sentido de que un proceso de selección natural operará a fin de asegurar la supervivencia de aquellos sectores de la economía que sean capaces de competir eficientemente con los productos extranjeros, tanto en el mercado local como en los internacionales. Este proceso determinará, a la vez, la suerte de los distintos grupos sociales adscriptos a cada uno de los sectores involucrados en la reconversión postulada. Esta propuesta tiene algunos rasgos interesantes que comentaremos brevemente.

La "importación" (para aplicar a un contexto diferente) del discurso neoliberal imperante en el centro lleva a tratar de dismantelar un "Estado de Bienestar" que la mayoría de las poblaciones de esta parte del mundo nunca han conocido.

Lo mismo puede decirse de la adopción del esquema privatizador, desregulador y flexibilizador. La lógica subyacente en esta propuesta es que el estado habría "avanzado" sobre la iniciativa privada, ocupando el lugar que le hubiera correspondido a esta última. Sin embargo, la secuencia histórica ha sido muy diferente: la "intervención" estatal, lejos de obstaculizar, fue reclamada como requisito para garantizar la acumulación del sector privado, tanto nacional como extranjero.

En la actualidad, vemos que las fracciones dominantes de ese mismo sector privado se unen a las corrientes neoliberales y critican la presencia estatal en el ámbito económico; esto no responde únicamente a motivos "ideológicos". En los últimos años se ha profundizado la "transnacionalización" al interior de la periferia; pero ahora la misma no pasa exclusiva ni principalmente por la presencia de empresas transnacionales. Por lo contrario, en países como Argentina, por ejemplo, se comprueba que los grandes grupos económicos locales manejan el proceso de valorización de sus capitales en el espacio transnacional, disminuyendo la autonomía de las políticas monetarias y fiscales de los gobiernos nacionales. La consecuencia más probable de la implementación de las políticas desregulatorias será una nueva profundización de estas tendencias; esto respondería a los deseos de los "agentes económicos" que han "transnacionalizado" su comportamiento.

No se trata, sin embargo, de razonar de una manera simple que toda transnacionalización es mala "per se", ni de definirla como un fenómeno propio de un capitalismo "perverso" (en todo caso, puede criticarse al capitalismo, pues es un rasgo inherente a su dinámica); tampoco es razonable pensar en grados de autonomía demasiado elevados (salvo en la hipótesis de fractura de la economía mundial). Lo que debemos discutir es su influencia, positiva o negativa, sobre las posibilidades de crecimiento de los países subdesarrollados; en este sentido es válido preguntarse si la transnacionalización asegura por ella misma la realización de dicho crecimiento.

Al menos podemos mencionar dos elementos que podrían conspirar contra esta posibilidad. El primero se vincula con el predominio, en nivel mundial, de la valorización especulativa de capitales; este fenómeno ya ha generado consecuencias negativas en buena parte de la periferia. Nada asegura que las estrategias "transnacionalizadas" de acumulación de las fracciones dominantes del empresariado en los países no desarrollados pasen primordialmente por la esfera productiva.

El segundo tiene que ver con la mencionada intención de llegar a un modelo de crecimiento liderado por las exportaciones; se pretende una incorporación bastante incondicional a una supuesta "nueva división internacional del trabajo" que, como hemos visto, aún está en ciernes o indefinida. El peligro radica, por tanto, en que se concluya en una inserción inadecuada en el mercado mundial, dirigida por los intereses particulares (y coyunturales) de los grupos dominantes locales asociados con las corporaciones transnacionales. Como es lógico, esto no será necesariamente compatible con las exigencias específicas del desarrollo capitalista de las naciones periféricas, especialmente si se toma una perspectiva de largo plazo.

Esto se relaciona con la problemática, ya mencionada, del déficit comercial norteamericano y las tensiones que introduce en nivel de la economía mundial; si bien existen, potencialmente, soluciones "cooperativas" para resolver dicho problema, la perspectiva de un reforzamiento del proteccionismo, no es imposible. En todo caso, tarde o temprano, los EUA tenderán a elevar sus exportaciones y reducirán sus compras externas, lo cual introducirá fuertes alteraciones en los flujos de comercio mundial. En este

²⁵ Es probable que el hecho de escribir desde la Argentina haga que la caracterización de la propuesta neoliberal enfatice demasiado un supuesto apego a lo que podemos llamar "ventajas comparativas estáticas" que, en nuestro caso, vienen expresadas en el agro y el petróleo. En realidad es en nuestro país (y también en Chile) donde este tipo de estrategias, que nos recuerdan a la etapa de inserción sobre la base de exportaciones de productos primarios, se ha convertido en dominante; el resto de América Latina también ha conocido el auge intelectual del neoliberalismo pero en general éste no se expresa con rasgos tan arcaicos como aquí.

escenario altamente inestable una estrategia basada sobre el crecimiento de las exportaciones ofrece flancos potencialmente peligrosos para los países no desarrollados²⁶.

Por otra parte, hay un notable hueco en el discurso liberal "periférico" que es la ausencia de referencias a la cuestión de la brecha ("gap") tecnológica. Si bien se habla, vagamente, de "modernización", paralelamente el recorte del estado lleva a una disminución de la actividad científica tecnológica de este último y (dada la ausencia de una participación privada doméstica importante en este rubro) de toda la sociedad. Vale la pena preguntarse por la ubicación que le corresponderá a una periferia que no se incorpore autónomamente a la revolución técnica en marcha; una consecuencia probable es la ampliación de la heterogeneidad estructural que caracteriza a nuestras economías.

Puede argumentarse que la inversión extranjera podrá solucionar este problema. Sin embargo, antes de discutir esta controversial hipótesis, sería pertinente preguntarse si dichas inversiones vendrán atraídas por esquemas librecambistas adoptados por las naciones no industrializadas o si, por lo contrario, su dirección depende en mayor parte de estrategias intracorporación que sólo marginalmente tienen en cuenta los deseos voluntaristas de dichos grupos de naciones por ser receptoras del maná inversor de las transnacionales.

ii) Aquellos que postulan la necesidad de una desvinculación (selectiva o total) de la economía internacional.

La validez de esta proposición es discutible en varios aspectos.

Por un lado está la cuestión del proyecto político social que respalde una acción de ese tipo. En este sentido argumentaremos que para ello es necesaria una acumulación de fuerzas que deberían resistir presiones (tanto nacionales como externas) de tal magnitud, que la amplitud de dicha acumulación sería, tal vez, comparable a la necesaria para llevar adelante la alternativa socialista.

Por otra parte, es válido preguntarse por la posibilidad de fundar un régimen de acumulación estable en la mayor parte de los países de la periferia, basado exclusivamente sobre los mercados domésticos (aún en presencia de fuertes redistribuciones del ingreso). Tampoco podemos olvidar el problema de la brecha tecnológica que, inevitablemente, se ensancharía en un esquema de este tipo, ni las complicaciones derivadas de lo que podemos llamar los "efectos demostración" de la riqueza en el centro, que se hacen sentir hoy inclusive en el socialismo de Europa oriental. La desvinculación debería producirse probablemente no sólo en el campo de lo económico sino que debería extenderse también al marco de lo cultural y a las comunicaciones. En resumen, la pregunta se refiere a la posibilidad o deseabilidad de un modelo autárquico que no parece garantizar la mejora en los niveles de vida de la población ni las condiciones para la reproducción ampliada estable del capital.

Es posible oponer dos razonamientos a estas críticas: por un lado, se puede argumentar que la desvinculación no significa autarquía y que la idea pasa por un control más estricto sobre los flujos de comercio y capitales internacionales, reservando un mayor margen de maniobra a las autoridades nacionales y haciendo menos automáticas las vinculaciones con los movimientos de la economía mundial.

En segundo lugar, y esto parece más razonable, es dable preguntarse por la probabilidad de una desvinculación selectiva, como la mencionada en el párrafo anterior, en el marco de procesos de integración regional que garanticen mercados más amplios y mecanismos de cooperación en el campo científico, tecnológico, etc. Está perfectamente claro que esto presupone una determinada voluntad (hoy bastante dudosa) de los estados nacionales y sus respectivas clases empresariales por llevar adelante un esquema de este tipo (y también la factibilidad del mismo en términos de las relaciones económicas internacionales y su configuración jerárquica).

iii) Las propuestas que buscan una combinación (aún no especificada coherentemente) entre una mejor inserción en la economía mundial y la creación de un espacio autónomo de decisiones en ciertos campos fundamentales de la vida económica; el vector que posibilita estas transformaciones es el de las nuevas tecnologías.

Aquí se trataría de adaptar los efectos benéficos de la revolución tecnológica, aprovechando sus potencialidades positivas para los países subdesarrollados. Estas potencialidades aparecerían principalmente por el lado de los menores requerimientos de escala asociados a la aplicación de las tecnologías de automatización flexible (Pérez, 1988). Gracias a ello podría superarse los habituales

²⁶ Señalemos, además, que las recomendaciones generalizadas a toda las naciones periféricas en términos de basar su crecimiento sobre los mercados externos conduce a una falacia de composición; si todas ellas tratan de llevar adelante dicha estrategia, ninguna lo conseguiría.

ostáculos derivados del reducido tamaño de los mercados domésticos. La incorporación de las nuevas tecnologías permitiría acortar drásticamente la brecha tecnológica respecto de los países centrales; este proceso debería estar acompañado por el desarrollo de lo que se da en llamar "creatividad endógena" en los países periféricos²⁷.

En términos de Ominami (1987), se trataría de llegar al autocentramiento de la periferia; no se propone la desvinculación respecto de la economía internacional, sino que se recomienda el pasaje de una inserción pasiva y dependiente, a otra activa y autónoma, que esté en función de estrategias decisorias basadas sobre las necesidades internas y en una evaluación del futuro sistema económico internacional. Esto debería traducirse en la atención a las llamadas "ventajas comparativas dinámicas" y a la implementación de políticas que aseguren que el proteccionismo sea "dinámico y selectivo".

Paralelamente se hace hincapié en la necesidad de reafirmar la idea de un "Nuevo Orden Económico Internacional" (NOEI), basado sobre una presunta comunidad de intereses entre el Norte y el Sur. Las reformas en este campo incluirían la transformación del sistema monetario internacional, la estabilización de precios para las materias primas, una nueva legislación para las empresas transnacionales, programas especiales de ayuda para el desarrollo, etc. En suma, lo que se pretende es la implementación de una regulación mundial que sea favorable para ambos polos del sistema capitalista global.

Según nuestro juicio, esta bienintencionada e idealista propuesta tiene muchos puntos oscuros. Se aplica aquí el comentario hecho en el apartado anterior respecto de las fuerzas políticas sociales internas que soportarían este proyecto. En cuanto al NOEI, no parece que las tendencias en materia de relaciones económicas internacionales marchen por carriles parecidos a lo que se proponen, si es que se atiende a las opiniones que llegan desde los países centrales en torno al tema.

Vinculado a ello aparece la cuestión de la financiación de la incorporación de las nuevas tecnologías. Ante la quiebra de los estados nacionales, haría falta suponer improbables aportes externos en concepto de ayuda para el desarrollo (que hoy parecen estar pasados de moda) o la ya comentada e hipotética visita de capitales productivos externos. La alternativa consistiría en la aparición del fantasmal "núcleo endógeno", cuyo surgimiento parece ser más fácil invocar que concretar.

Existe, además, otro flanco débil que puede ser cuestionado y que tiene que ver con el determinismo tecnológico que subyace en este esquema. Se nos propone creer en la posibilidad de superar el subdesarrollo a partir de la incorporación de las nuevas tecnologías flexibles, cuyas características se adaptarían, al parecer, a los requerimientos de industrialización de nuestras economías. Esto plantea dos problemas al menos.

El primero tiene que ver con la incertidumbre que aún existe respecto de qué tipo de consumo (en el sentido de características de la distribución del ingreso, repartos de aumentos de productividad, salarios indirectos, etc.) viene asociado a la introducción de estas nuevas técnicas en la organización productiva. El mero hecho técnico tiene que ser complementado, por lo tanto, con una correlativa innovación al interior de las instituciones y normas sociales (vinculadas con la reproducción de la fuerza de trabajo, el papel del estado, la actividad sindical, el grado de internacionalización, etc.). Debe rechazarse definitivamente la reintroducción (encubierta) de un materialismo vulgar que suponga un esquema de causalidad lineal del tipo "salto en las fuerzas productivas = transformación (en el sentido requerido) de las relaciones de producción = cambios (convenientes) en la superestructura".

En segundo término, tampoco está aún asegurado que el taller flexible y la producción en pequeña escala vayan a ser características estables de las nuevas técnicas productivas o, por lo contrario, sólo se trate de mecanismos defensivos de los empresarios ante la caída de la tasa de beneficio. Todavía se debate el papel que jugarán las economías de escala en el nuevo paradigma técnico; la introducción de conceptos que tratan de captar la esencia de las nuevas tendencias en la organización industrial no supone que debamos concretar, tal vez prematuramente, la muerte de la gran planta.

Por último, señalaremos que tampoco se dice nada sobre la repercusión de la supuesta revolución tecnológica sobre los ya fragmentados mercados laborales de la periferia; en un contexto de desempleo y subempleo crecientes, la incorporación de técnicas ahorradoras de mano de obra amenaza con agravar los problemas del mercado de trabajo, excepto que se suponga una compensación por el lado de un fenomenal crecimiento de la demanda (interna o externa). La probabilidad de una evolución de este tipo, a corto y mediano plazos, parece remota.

Para los países no desarrollados las perspectivas del futuro inmediato no son muy halagüeñas. Los mercados internos parecen ser insuficientes para reformular esquemas de desarrollo relativamente

²⁷ Debe mencionarse que esta corriente también reconoce los peligros de las nuevas tecnologías para los países periféricos en términos de la pérdida de ventajas comparativas provenientes de la disponibilidad de materias primas o mano de obra barata.

autónomos; en este sentido la integración regional podría ser una opción importante (aunque por ahora lejana).

Respecto a la tan deseada internacionalización, hasta ahora se ha mostrado sumamente evasiva: en el caso de las exportaciones, hay signos desfavorables en cuanto a la posibilidad de compensar la creciente brecha tecnológica con menores costos de mano de obra, dada la creciente importancia de los componentes de alta tecnología y el avance en la automatización en los procesos productivos; tampoco están claras las tendencias de la supuesta relocalización de los procesos productivos mano de obra intensivos. A esto hay que sumarle la sobreoferta en el mercado agrícola mundial y el impacto negativo de las nuevas tecnologías ahorradoras de materias agropecuarias y minerales.

Por otra parte, no puede obviarse la cuestión del reforzamiento de la interdependencia en nivel de las relaciones internacionales. En este sentido, la incorporación de un hipotético (y aquí radica parte del peligro) nuevo patrón de la economía mundial supondrá la aceptación de una profundización de la pérdida de la capacidad regulatoria de los estados nacionales (proceso que ya está ocurriendo no sólo en la periferia, sino también en los mismos países industrializados e, incluso, en los del bloque socialista), cuyas consecuencias son aún difíciles de evaluar, pero que sin duda implicarían un recorte de las posibilidades abiertas a las naciones no desarrolladas.

Si se acepta la caracterización efectuada más arriba respecto de las transformaciones en la economía mundial y sobre los particulares determinantes de la crisis en la periferia, en la actualidad nos encontramos frente a un sistema económico mundial (en vías de formación) al cual los países no desarrollados sólo pueden integrarse selectivamente; las opciones abiertas se presentan bajo la desagradable forma de cooptación y/o marginación (Ominami, 1987), muy distinta a la ya clásica relación centro-periferia. Algunos países periféricos (una minoría) podría "engancharse" en una posible nueva división internacional del trabajo (cuya conformación aún no está claramente definida). Sin embargo, no ingresarían plenamente al esquema internacional; algunos sectores o regiones de cada país serían funcionales al mismo y los restantes resultarían marginados.

Así planteadas las tendencias, parece probable el afianzamiento de esquemas de inserción parcial en la economía internacional, en donde subsista un sector exportador primario, al cual se agregaría una parte del aparato industrial que pueda incorporarse ya sea por esquemas de subcontratación internacional o por haber podido reconvertir su estructura y orientarse a la economía internacional (lo que podría ocurrir, por ejemplo, en los sectores productores de bienes intermedios de uso difundido: petroquímicos, siderurgia, papel)²⁸. Esto plantearía dos problemas: el primero pasa por la ya comentada inestabilidad del sistema económica internacional y la fluidez de las tendencias que en él se desenvuelven. El segundo se refiere a las repercusiones de la implementación de este tipo de esquemas, sobre la conformación social de los países periféricos.

La interrupción del anterior proceso de modernización en dichos países, llevaría a una profundización de los fenómenos de marginalización y fragmentación, rompiendo el clásico esquema dual, para dar lugar, en principio, a tres sectores²⁹: 1) un sector industrial no competitivo; 2) un sector de subsistencia (en un marco donde no hay subsidio social generalizado); 3) un nuevo bloque enganchado al sistema mundial, no sólo constituido por actividades primarias, sino incorporando también algunas ramas industriales.

Podríamos decir que en la conformación del segundo sector entra un grupo "histórico" de actividades de subsistencia, al que se le sumo otro proveniente de la marginalización de masas urbanas provocada por la profundización de los procesos de segmentación laboral dentro de la periferia. Además, en cierto sentido, si el tamaño del primer sector tiende a disminuir (como consecuencia de la apertura comercial), fusionándose con el segundo, se vuelve un modelo bisectorial; pero, en vez de tener un sector industrial internacionalmente no competitivo y uno primario competitivo, enfrentamos un bloque heterogéneo (en el sentido de que está integrado tanto por actividades de carácter primario como industriales) insertado al mercado mundial, y otro bloque, también heterogéneo, de carácter marginal.

En este modelo, la profundización de la precarización del trabajo sería la expresión del proceso de desestructuración social y productiva de la periferia, que se inscribe en el marco de sustanciales mutaciones tecnológicas, estructurales y políticas de las economías hegemónicas (Kritz, 1988).

²⁸ Esta opción parece ser la que cuenta con mayor probabilidades de imponerse en la Argentina.

²⁹ El reconocimiento de la fragmentación (heterogeneidad estructural) de los países periféricos no supone, según nuestro juicio, la adscripción a las tesis dualistas lewisianas, ya que la constitución de distintos bloques al interior de estas economías forma parte del proceso de integración de las mismas al mercado mundial.

Conclusiones

En el trabajo se ha intentado mostrar la profundidad de los cambios operados en nivel de la economía mundial, con la pretensión de destacar la validez limitada de algunas concepciones tradicionales, a la luz de las transformaciones que se viven y que exigen una tarea intensa de reformulación de viejas convicciones que se muestran hoy vacías de contenido.

Por otra parte, se hizo hincapié en el carácter provisional de los procesos en curso, resaltándose la precariedad de las formulaciones diferentes que se difunden.

Para nuestras economías, la comprensión de los fenómenos a que se hizo alusión en este trabajo resulta de primordial interés, especialmente si se comparte la convicción de que unas hipotéticas fuerzas de mercado (mercado que en realidad no es una entidad impersonal, sino que bajo ese nombre oculta las relaciones de fuerza existentes al interior de espacios oligopolizados) no podrán por su cuenta refundar las bases de un modelo de acumulación estable y que garantice adecuados niveles de bienestar a la población. Sin embargo, si se quiere refutar el discurso liberal hegemónico, esto no podrá hacerse desde las consignas de la década pasada ni formulando invocaciones difusas que no pueden traducirse en acciones concretas. Es muy evidente que no hemos tratado (ni estamos en condiciones de hacerlo) de responder a esta tarea.

Si el discurso liberal es hoy dominante, lo es por ser un conjunto articulado y en apariencia coherente de formulaciones prácticas que tienen resonancia inmediata en pueblos que han conocido un pasado de frustraciones que los aparatos ideológicos han logrado conectar con la presencia del estado en la economía. Para vencerlo es preciso formular un contradiscurso que contenga respuestas inmediatas y precisas al desafío y que no podrá hacerse desde la contemplación umbilical de nuestra propia situación, sino que deberá tomar en cuenta explícitamente el nuevo panorama que nos presenta la economía mundial.

Por último (aunque no hemos tratado explícitamente el tema aquí), no podemos dejar de advertir que la carga de la deuda externa que soportan muchos países periféricos parece incompatible con cualquier propuesta de acumulación viable; por lo tanto, la interrupción de las transferencias netas desde la periferia a los capitalismo centrales sería condición necesaria, aunque no suficiente, para revertir la situación de crisis en que se encuentra la mayor parte de las naciones no desarrolladas.